

filtro de la reina de Irlanda, cuya influencia amorosa no podía exceder de tres años. Es éste un símbolo delicado é ingenioso que fija dicho plazo como duración á los amores terrenos.

Tristán se halla ya curado de su amor: echa de menos la caballería, los ricos vestidos, las cortes brillantes, que compara con la cabaña de follaje donde vive como una bestia. Iselda, por su parte, llora su juventud y piensa en sus regios trajes, en la vida brillante de la corte. Ambos amantes, libres ya de la influencia del filtro, se confían sus pensamientos y se rompe el lazo que los unía. Iselda vuelve al lado del rey, que la perdona á condición de que Tristán sea desterrado.

El encanto se ha roto pero ¿acaso tenía necesidad de magia y filtros el verdadero amor? No tarda pues en renacer entre ambos el cariño, más humano, más voluntario y más conmovedor. Tristán é Iselda no pueden vivir sin verse de nuevo. Se dan otra vez citas y los tres barones celosos, antes mencionados, los espían. Sorpréndelos Tristán, le rompe á uno la crisma, el segundo huye y el tercero, deslizándose junto á la ventana de Iselda, espía detrás de la cortina. La sombra de su cabeza descubre su presencia. Tristán arma su arco invencible, tira, parte la flecha y atraviesa, cual si fuese *blanda manzana*, según frase del poema, la cabeza del indiscreto barón.

Aquí termina el fragmento de Bérout. Para conocer la continuación hay que consultar los poemas alemanes que tradujeron la versión romance hoy perdida. Esta reaparece con el fragmento de Thomas, que toma las cosas de algo más lejos.

Según Thomas, Tristán es sorprendido y tiene que huir á Bretaña donde vive desdichado, guardando fidelidad al recuerdo de su amiga. Cásase, sin embargo, habiendo encontrado una princesa que le gusta por llamarse también Iselda. Llamémosla, para evitar errores, Iselda II. Por respeto á la primera sólo desea ser marido de la segunda en el nombre, cosa que da gran despecho á ésta última. Situación tan ambigua da lugar á largas disertaciones, después de las cuales y de analizar el doloroso, estado de alma de Tristán, que lucha entre el amor y el deber, de Iselda II, que sufre al verse mal casada, de Iselda I, que sigue llorando á Tristán, y del rey Marcos, que posee el cuerpo y no el corazón de su esposa, — deduce el trovador que no sabe cuál de los cuatro es más digno de lástima porque, según confiesa cándidamente, *no se ha visto en caso semejante*.

Como se ve, el poeta toma parte personalmente en el relato con sus entretenidas digresiones. Pero continuemos: se trata del pasaje capital del poema de Thomas.

Tristán ha sido herido mortalmente en un combate por una espada envenenada. Hállase en su lecho de muerte, manda llamar á su amigo Kaherdín y hace salir á todo el mundo de la habitación. Pero su mujer,

Iselda II, desconfiada y celosa, pega el oído á la pared y escucha. Oye á su esposo pedirle á Kaherdín un supremo favor. Es preciso que vaya á Inglaterra disfrazado de mercader, que procure acercarse á Iselda I, que muestre un anillo que ella reconocerá y que le haga saber en secreto que Tristán se está muriendo. Si consiente en ir á curarle con su amada presencia, debe hacer poner una vela blanca en el barco; si la vela es negra, dará á entender que Kaherdín vuelve solo.

Así se hace. Llega el falso mercader á la corte del rey Marcos, muestra á Iselda I sus espléndidas mercancías, « rica vajilla de Tours, vino del Poitou, aves de España » y un broche de oro, diciéndole al mismo tiempo: « Ved reina cuán hermoso es este oro; es más fino que el de este anillo. » Diciendo esto enseña el anillo de Tristán; Iselda lo reconoce, habla en secreto al mercader, que le comunica la fatal noticia y huye inmediatamente en su compañía.

El relato de este viaje de Iselda I, de Inglaterra á Bretaña, es un trozo de delicado sabor literario y de hábil composición. El barco se halla á la vista de las costas bretonas, pero se levantan vientos contrarios y lo alejan de ellas.

Reina una furiosa tempestad. Iselda I se llena de desconsuelo, teme morir ahogada y desearía que Tristán se ahogase también en su compañía, porque de esta suerte serían devorados ambos por el mismo pez, quedando reunidos en la muerte.

Renace el buen tiempo; pero entonces viene la calma chicha que sorprende al barco á la vista de las costas.

Entretanto Tristán sufre amargamente y vierte abundantes lágrimas hasta que llega la hora de la venganza, tramada por la pérfida Iselda II. Anuncia á su marido que hay á la vista un barco con vela negra, sabiendo que esta mentira le servirá de castigo.

Tristán gime y se desalienta; puesto que su amiga no viene, poco le importa la vida. Vuélvese hacia la pared, dice tres veces: « Amada Iselda » y exhala el último suspiro.

Iselda I ha logrado desembarcar; oye las campanas y los lamentos y sabe la fatal noticia. ¡ Ha muerto el valiente Tristán! Era cosa de ver entonces á la pobre reina llena de dolor y « destocada » correr por las calles hasta llegar á palacio y manifestar su profunda pena ante el muerto querido. Una vez allí « le besa en la boca y en el rostro, se tiende á su lado, se abraza con él y rinde junto á él su último suspiro ».

Á estos dos grandes poemas hay que agregar otros de menor importancia, como la *Folie de Tristan* (*la Locura de Tristán*, siglo XII), en que el héroe se finge loco para acercarse á Iselda sin despertar la desconfianza del rey Marcos. En el siglo XIII Tristán fué el héroe de un largo poema en prosa, que reproduce todos estos episodios, pero que difiere en el final, pues el rey Marcos hiere á su rival; Tristán é Iselda



se abrazan con tanto amor que se rompen sus corazones. En los siglos xv y xvi es reproducido adornado y aumentado con graciosos episodios, como el de la muchachita á quien Tristán envía á acechar en el puerto el regreso del barco y á quien la feroz Iselda II obliga á revelar el secreto de las dos velas, la negra y la blanca.

En fin se han perdido algunos episodios, que sólo se conocen por las traducciones extranjeras ó por hallarse reproducidos en las obras en prosa del siglo xiii. Tales son : el cabello de oro descubierto por el rey Marcos, que jura casarse con la mujer á quien pertenezca, que es Iselda; — ó el cascabel del olvido, que el desgraciado Tristán envía á Iselda para que no sufra; pero Iselda lo arroja al mar, pues desea sufrir ya que Tristán está sufriendo.

Tampoco hay que olvidar el « lai » de María de Francia (siglo xii), *Chèvrefeuille* (*Madreselva*), en que Tristán, desterrado por el rey Marcos, vuelve sin embargo, se oculta en los bosques y avisa á su amiga su presencia con la señal convenida, es decir con una rama cortada de avellano. Iselda ve dicha rama en el camino, comprende que Tristán se halla en los alrededores, abandona su séquito, se interna en los bosques y encuentra á su amigo con quien pasa algunos dulces instantes. Son deliciosos los versos que Tristán dirige entonces á Iselda :

Il en était de leurs deux cœurs  
 Tout ainsi que du chèvrefeuille  
 Qui au coudrier se prenait.  
 Quand il est ainsi enlacé et pris,  
 Et tout autour du bois s'est mis  
 Ensemble peuvent bien durer;  
 Mais si l'on veut les séparer,  
 Le coudrier meurt promptement,  
 Le chèvrefeuille également<sup>1</sup>.

La novela de Tristán é Iselda, tal como se escribió en el siglo xii, es muy francesa. No es el amor salvaje de las leyendas célticas ó sajonas, sino el amor más tierno, más delicado, más escrupuloso y en que se advierte mayor gradación de matices; es ese amor cortés que distingue á la caballería francesa y de que se veía como un presagio discreto en el episodio de la hermosa Alda en la *canción de Rolando*.

1.

Son nuestros corazones  
 Como la madreselva  
 Y el robusto avellano,  
 Cuyos ramos se mezclan.  
 Intimamente unidos  
 Su vida será eterna;  
 Mas si una mano aleva  
 Á separarlos llega,  
 Se agosta el avellano,  
 Muere la madreselva.

Hay un encanto extraño en esos poemas cándidos y vetustos, que evocan las imágenes ampliadas de seres semirreales que se agitan y mueven en medio de sueños y cuentos de hadas, entre los encantamientos y las batallas fantásticas.

¡Cómo nos agradaría, si no dispusiésemos de un espacio limitado, seguir á Lanzarote desde su infancia, á Lanzarote robado, siendo aún muy joven, por un hada que se lo lleva al fondo de un lago, á su espléndido palacio donde, con la más esmerada educación, hace un héroe de Lanzarote del Lago con tanta frecuencia celebrado por los cuentistas!

¡Qué figura tan atractiva la de Merlín el encantador que, merced á sus sortilegios, se metamorfosea alternativamente en anciano, en caballero, en hombre del pueblo, en joven, en enano, en gigante, especie de terrible Fausto, criatura de Satán, la cual sirve de infernal obstáculo á los caballeros que buscan el Santo Grial! Pero el hada Viviana le priva de su ciencia y le aprisiona en el bosque de Brocelianda; ¡tan cierto es que no hay ciencia ni sortilegio que ponga la flaqueza humana al abrigo de la mujer, del amor y de su prestigio!

Chrestien de Troyes fué el más ilustre de los trovadores. Había compuesto un *Tristán* (1170), perdido hoy.

Es el autor de *Erec et Enide* (*Erec y Énida*), donde el caballero Erec castiga á su mujer Énida por haber preferido la opinión del mundo al amor. Condúcela á través de mil peligrosas aventuras, prohibiéndole que le dirija la palabra. Después de una larga prueba la perdona. En *Cliges* cuenta la historia de Cliges hijo del emperador de Constantinopla y que ama á Fenicia; — ésta á su vez es amada por el emperador, que ha resuelto casarse con ella y que, en efecto, la hace su esposa. Pero la nodriza Tésala conoce un filtro mágico que permite á Fenicia conservar su pureza y procura al emperador la ilusión de creerse su esposo.

Entretanto Cliges lleva á cabo mil hazañas en la corte de Artús. Cuando se presenta de nuevo ante Fenicia, á quien ama y de quien sigue siendo amado, Tésala hace tomar á su ama una bebida que le produce un sueño parecido á la muerte. Hacen magníficos funerales á esta nueva Julieta y, cuando despierta, encuentra á su lado á Cliges; ya no se vuelven á separar. Descubiertos en su retiro, huyen; el emperador muere víctima de un ataque de ira y la sucede en el trono Cliges.

Otra canción de gesta de Chrestien de Troyes, el *Caballero del León*, refiere las hazañas del caballero Ivain de la Tabla Redonda, el cual ha oído hablar de una fuente maravillosa á la que da sombra un hermoso pino de donde pende, colgada de una cadena de oro, una fuente del mismo metal.

Ante la fuente hay una espléndida escalera, hecha de esmeraldas, guardada por un indomable caballero. Ivain le provoca, hace volcarse la fuente de oro é inmediatamente azota todo el bosque una gran tempestad



de lluvia y granizo. Ivain mata al caballero de la fuente mágica, á quien persigue dentro de su castillo. Pero una vez que ha entrado, se cierra la puerta y se vería en el mayor peligro si no le diese una criada un anillo, — especie de anillo de Giges, — que le hace invisible. Se enamora de la viuda de su víctima, se hace amar de ella y la hace su esposa.

Entretanto el rey Artús, que ha oído contar las maravillas de la fuente encantada, acude á ella, vuelca la fuente de oro; desencadenase en el bosque la tempestad de lluvia y granizo é Ivain sale del castillo para castigar al audaz. Cubierto con el casco y con su magnífica armadura no es reconocido por los caballeros de Artús; hace caer del caballo al designado para combatir con él; una vez vencedor, se da á conocer é invita al Rey y á su séquito á unas fiestas espléndidas. Durante las mismas, uno de los caballeros, Gauvain, le echa en cara el que pase el tiempo en la molicie al lado de su esposa, sin tomar parte en los combates y torneos. Picado en su amor propio, parte prometiendo á su dama volver en plazo fijo. Pero pasa con exceso el tiempo convenido y la dama despechada le prohíbe que se vuelva á presentar en su presencia.

Desesperado Ivain por esta decisión, ante la que se inclina como bueno y cortés caballero, recorre el mundo para disipar sus pesares, protege á los oprimidos, salva de la muerte á un león, matando á una serpiente, y el león agradecido se pega á él, le ayuda en sus hazañas y por la noche duerme á sus pies. Su fama se difunde á los lejos.

Hallándose en desacuerdo con su familia dos señoritas, Gauvain se ha proclamado campeón de una de ellas é Ivain se declara campeón de la otra. Entran en lid ambos caballeros y combaten durante varios días sin conocerse. Cuando al fin se nombran, arrójanse el uno en brazos del otro, se arregla el pleito de familia y, gracias á un filtro, Ivain vuelve á entrar en gracia con la dama de la fuente mágica, su esposa.

Chrestien de Troyes, escribió el *Caballero de la Carreta* hacia 1170 por la misma época que el *Caballero del León*. Es, en toda la extensión de la palabra, la epopeya del amor cortés, galante y caballeresco que obedece á la más leve orden de su dama.

Era el día de la Ascensión y Artús se hallaba rodeado de su brillante corte. Presentóse un caballero desconocido con gran insolencia, diciendo que había vencido ya á más de uno de los caballeros de la Tabla Redonda y que desafiaba á los demás.

— Enviad, dijo al rey Artús<sup>1</sup>, á la reina Genoveva acompañada de

1. La crítica ha puesto hoy fuera de duda la influencia de los cantares de gesta en España, donde, por causas y medios que hoy sólo podemos conjeturar, fueron conocidos y muy populares lo mismo los doce pares que el rey Artús y otros personajes novelescos, desde muy temprano. En el famoso poema del conde Fernán González, compuesto según Clemencin (en sus

un solo caballero. Si le venzo, me quedaré con la reina; en el caso contrario os devolveré á los caballeros que tengo prisioneros.

Artús es demasiado valiente para no aceptar el desafío. El senescal Keu conduce á la reina al bosque donde es vencido y queda la reina prisionera. El sobrino del rey, el caballero Gauvain, va á buscarla. Por el camino se encuentra con un caballero que no se dará á conocer hasta más tarde; pero, para comodidad del relato, anticiparemos que se llama Lanzarote, el mismo que celebran los romances populares y cuya imagen figura en los naipes.

Lanzarote ha perdido su caballo. En esto pasa una carreta guiada por un enano, el cual le invita á montar en su carreta, prometiéndole que, si lo hace, verá á la reina. Sin duda es cosa ridícula para un caballero subir en una carreta como un aldeano ó como un condenado. Pero puesto que, lo mismo que Gauvain, anda en busca de la reina y le prometen hallarla, Lanzarote toma asiento en la carreta con gran regocijo de los caminantes que se burlan de él.

Gauvain y Lanzarote llegan á un castillo donde son recibidos y albergados. Lanzarote se acuesta en el lecho peligroso. El que duerme en dicho lecho ve bajar á media noche del techo una lanza de fuego y, si no es un caballero perfecto, la lanza le da la muerte. Lanzarote sólo recibe una ligera herida.

Al día siguiente pónese de nuevo en camino con Gauvain. En el bosque encuentran á una hermosa señorita que les hace saber que la reina se halla en aquel momento en manos de Meleagante, hijo del rey Bademagu, en cuyo reino sólo puede entrarse por dos puentes igualmente peligrosos, el puente bajo el agua y el de la espada.

Sepáranse entonces los dos compañeros; Gauvain se propone tentar el paso por el puente bajo el agua.

Lanzarote se va derecho al puente de la espada, sale vencedor de todos los maleficios, encuentra á Meleagante y le derrota á la vista de la reina Genoveva, la robada esposa del rey Artús. Tiene derecho á contar con su agradecimiento por tanta bravura, pero Genoveva, aunque ama á Lanzarote, finge por coquetería no estar satisfecha de él. El caballero, tratado con tal dureza, se resigna y declara su pena al senescal Keu, el vencido por Meleagante, que se halla prisionero con la reina.

Comentarios al *Quijote* en 1200, pero que ulteriores investigaciones (V. GORRA, *Lingua é Literatura spagnuola*, pág. 266) han demostrado pertenecer al siglo XIII, se habla de:

Carlos, Baldovinos, Roldán é don Ogero,  
Terín é Galdabuci, é Bernal é Olivero,  
Torpin é don Ribaldos é el gascón Angelero...

Además, entre otras reminiscencias, cita el Sr. Menéndez Pelayo *Los Anales Toledanos primeros*, que terminan en 1217 y hablan del rey Artús, así como una alusión picaresca del Arcipreste de Hita á la fidelidad de *Blanca Flor á Flores* en la *Cántiga de los clérigos de Talavera*. (N. del T.).



Derrotado Meleagante, parte Lanzarote. Apodéranse de él en el camino unos soldados, que creen haber hecho una buena presa y lo llevan á presencia de Bademagu. Hasta corre el rumor de que le han matado y de que sólo conducen su cadáver. Genoveva, al oír la noticia, se arrepiente de haberse mostrado tan dura con él y de haberle tratado de un modo tan contrario á los sentimientos de su corazón. Ayuna movida por su dolor, se desmaya y la dan por muerta. Al tener noticia de esta desgracia, quiere Lanzarote ahorcarse del arzón de su silla, pero le descuelgan á tiempo. En fin vuelven á encontrarse de nuevo Lanzarote y Genoveva en la corte de Bademagu y, por la manera con que la reina le acoge, puede deducir el caballero de la carreta que no le tiene mala voluntad.

La cita secreta de Lanzarote y Genoveva tiene todo el sabor de una novela moderna. Hasta es casi seguro que un moderno no daría pruebas de tanta discreción. Encuéntranse de noche cerca de un viejo muro en una ventana de fuertes rejas. Lanzarote quiere arrancarlas :

— Son demasiado gruesas, le dice la reina Genoveva.

— No temáis, responde Lanzarote, no hay nada que pueda detenerme á no ser un mandato vuestro. Si me permitís romper las rejas, me abriré libre paso :

Mais si point il ne vous agrée.

Pour rien je n'y voudrais passer !.

He aquí el amor cortés, dócil y sumiso. Pero la reina da dicho « permiso » y va á acostarse, mientras que Lanzarote tuerce y arranca las barras y vuela á reunirse con su amiga.

El final fué compuesto por un continuador, Godofredo de Lagny. El senescal Keu es acusado falsamente por Meleagante, que al mismo tiempo pone preso á Lanzarote. Pero, en fin de cuentas, el traidor recibe el debido castigo, pues Lanzarote le corta la cabeza.

La reina vuelve al lado de su marido Artús ; Lanzarote continúa distinguiéndose por sus hazañas y su ciega obediencia á los caprichos de Genoveva, en una palabra por su galantería, — esa antigua galantería francesa que debía inspirar más tarde las novelas de la Calprenède y de Gomberville y que ha de persistir en su esencia hasta la Cámara Azul y aun más allá. Sólo en Francia se dice : « Lo que la mujer quiere Dios lo quiere. »

*El Caballero de la Carreta* fué dedicado por Chrestien á María de Champagne cuyos *lais*, dicho sea de paso, son muy célebres ; pueden leerse con fruto los muy completos análisis que ha hecho el señor Clédad de los *Dos Amantes*, de *Yonec*, delicioso cuento de amor, de *Lanval*

1.

Mas si no es de vuestro agrado,  
No haya miedo que yo pase.

que se enamoró de un hada, y de *Eliduc* ó el marido creído soltero por la sobrado tierna Guilliadón.

*Perceval* fué la última obra de Chrestien, que murió antes de acabarla. En ella se refiere cómo Perceval, criado prudentemente por su madre lejos de los torneos para que no arriesgase en ellos su vida, se aficiona á las armas, á la vista de dos caballeros que encuentra, se arma á su vez parte y, llega al castillo del rey Pescador ; después, — según los continuadores de Chrestien, — se expone á mil peligros para encontrar el Santo Grial, lo encuentra y muere : y en el mismo día el Santo Grial sube por sí mismo al cielo.

Wolfram de Eschenbach ha traducido el *Perceval* de Chrestien, y de un original francés de esta traducción sacó Wagner el asunto de su *Parsifal*.

Roberto de Borón hizo también un *Perceval* en verso á principios del siglo XIII, pero sólo existe una imitación en prosa. Compuso también un poema del Santo Grial, que es la historia maravillosa de José de Arimatea.

Por último él fué quien refirió las hazañas del encantador Merlín enlazándolas con el ciclo de la Tabla Redonda, y Merlín continuará siendo tan popular en el siglo XVIII que se hará de él el *Deus ex machina* de todas las comedias de magia.

Todas estas aventuras se combinaron, se amalgamaron y cristalizaron bajo su última forma, el *Lanzarote* en prosa de 1220, que sigue al héroe desde su nacimiento hasta su muerte y comprende también las aventuras de otros muchos caballeros de la Tabla Redonda, como Perceval, la conquista del Santo Grial y el fin del reinado de Artús. En esta novela el Santo Grial es encontrado en el Palacio espiritual por Perceval, Boort y Galaad, hijos de Lanzarote. El vaso maravilloso resplandecía con sobrenatural brillo sobre una mesa de plata, ante la cual había arrodillado un anciano con aspecto de obispo y que era el propio hijo de José de Arimatea. Sólo sobrevivieron á este divino espectáculo Perceval y Boort para que pudiesen contar que, habiéndose acercado Galaad al Santo Grial, cayó muerto y su alma fué transportada á los cielos, al mismo tiempo que una mano, que bajaba del cielo, se apoderó del vaso y se lo llevó juntamente con la Santa Lanza. Fué escogido Galaad, porque era virgen y no había pecado.

Debemos señalar además una novela del siglo XIV muy llena de aventuras, *Perceforét*, que enlaza la descendencia de Artús con Alejandro Magno. En ella se encuentra el cuento de la *Bella durmiente del Bosque* y también el de la *Rosa*, de una de cuyas imitaciones italianas sacó Musset el asunto de *Barberine*.

Alejandro Magno, en el curso de sus conquistas en la India, dando un paseo en barca, fué sorprendido por una tempestad que le llevó



hacia alta mar y le hizo abordar en la Gran Bretaña. Apoderóse de dicho país y confió su gobierno á su amigo Betis, que hizo construir casas y templos en el sitio de un bosque que mandó talar, el bosque encantado del mágico Darnante. Por eso recibió Betis el sobrenombre de Perceforêt (Talabosques). Ocurriéronle mil aventuras; tuvo que rechazar un desembarco de Julio César, se casó con la Dama del Lago, de la que tuvo un hijo que fué el abuelo del rey Artús; fundó una orden de caballería, la del Palacio Franco, compuesta de doce pares que tomaron por sus damas á las doce hijas de Burt, nieto de Eneas, y todos estos entroncamientos aseguran á la sangre bretona una mezcla muy honrosa de sangre macedonia y sangre troyana.

En una fiesta que dió, uno de sus caballeros, Troilo, se enamoró de una joven extranjera, Zelandina, hija del rey de Zelandia, á la que dió el anillo de desposorios.

Pesaba sobre el destino de la princesa Zelandina un oráculo cruel. Habían asistido á su nacimiento tres hadas. La primera, Lucina, le prometió la salud. La segunda, Temis, quedó muy descontenta de no haber tenido, en la mesa, cuchillo para comer, pues el suyo había caído bajo la mesa y nadie había pensado en recogerlo. ¡De qué cosas tan livianas depende á veces la cólera de las hadas! Para vengarse predijo que la princesa se heriría con el huso de una rueca y se quedaría dormida hasta que llegase un caballero que la salvara.

La tercera hada, Venus, prometió encargarse de realizar la segunda parte del oráculo.

Sucedió lo que tenía que suceder. Al regreso de la fiesta de Perceforêt, tomó Zelandina una rueca de manos de una de sus criadas, se hizo una herida en el dedo y se quedó dormida. El rey su padre la hizo depositar en una magnífica habitación, sobre un lecho suntuoso, en una elevada torre silenciosa y solitaria, que sólo tenía una ventanita muy alta; penetrábase en la torre únicamente por un subterráneo cuyo secreto sólo conocía el rey.

Sin embargo, supo Troilo por unos pescadores lo ocurrido á su amada. Acudió, atravesó el mar y llegó al castillo, pero se vió detenido por un ancho foso. « Subió á caballo y dijo que jamás bajaría de él hasta que hubiese pasado el foso de la torre. Y es de saber que su locura amorosa le llevó al borde del foso y, como hombre fuera de sí, se lanzó á él; pero la fortuna, que generalmente favorece á los osados, hizo tanto en su favor que le condujo á la otra orilla, y así se halló Troilo en tierra y sin daño. Entonces se encontró con la muralla de la torre, tan fuerte que no era posible hacer mella sin gran trabajo. Ahora bien, sucedió que abandonó su caballo y empezó á buscar un sitio por donde atacarla, pero no lo halló. En cuanto á subir por ella era cosa imposible. Hallábase en esta situación, cuando oyó de

pronto terrible y horrible huracán que procedía de la Gran Bretaña y que pasaba sobre él; se desató sobre el estanque de la torre gran tempestad y vió venir hacia él un mensajero, que se metamorfoseó de repente en un gran pájaro. Troilo subió encima del enorme animal que le condujo á la altura de la ventana de la torre. Halló á su amada muy hermosa en suntuoso lecho; cambió su anillo por el que ella tenía y se volvió por el mismo camino á la Gran Bretaña. La princesa seguía siempre dormida. Nueve meses después dió á luz Zelandina, sin desper-tarse, un principillo que inmediatamente trató de mamar. Sus ávidos labios encontraron la mano de su madre, se apoderaron de un dedo y, á fuerza de chupar, hicieron salir la astillita de madera, causa primitiva de la herida y de aquel sueño.

Inmediatamente cesó el encanto y se despertó la princesa muy admirada de cuanto le había sucedido durante su sueño.

Tan pronto como se despertó ésta, pensó su padre en casarla. Hay que advertir que no estaba con ella el recién nacido á quien transportó un pájaro á casa de una nodriza. Troilo venció á sus rivales, halló á su mujer y á su hijo y se los llevó á la corte de Perceforêt.

En este episodio es fácil de reconocer el cuento que debía escribir más tarde Perrault con arte menos cándido, es decir la *Bella durmiente del Bosque*, cuyo tema es de los más frecuentes en las leyendas del folk lore.

La boga de Perceforêt fué considerable. Fué traducido é imitado. El Sr. P. Meyer publicó hace algún tiempo una imitación catalana en la *Romania*. Pero esta novela nos conduce al último lindero del bosque encantado en que resplandecieron las armaduras y cimbras de los pares. La alegoría ó el ridículo se hallan emboscados en él y puede decirse que, desde fines del siglo xiv habían recibido el golpe de gracia las hermosas creaciones del ciclo bretón, cuyos autores habían vaciado hasta las heces el Santo Grial.

\* \* \*

CICLO FRANCÉS. — Entretanto evolucionaba y brillaba triunfalmente en los siglos xii y xiii el ciclo francés. La *Canción de Rolando* aparece á nuestros ojos como la primera obra maestra y la más puramente nacional del arte francés. « Yérguese á la entrada de la vía sagrada donde se van alineando desde hace ocho siglos los monumentos de nuestra literatura, como un arco elevado y macizo, algo estrecho si se quiere, pero grandioso y bajo el cual no podemos pasar sin sentir admiración, respeto y orgullo. » (G. Paris).

La crónica de Turpín y el *Carmen* de la Traición de Ganelón comprueban la existencia de una canción anterior de Rolando, que debió